

## **CRONICAS DEL LUCHO MENDEZ EN LA IBM**

### **10 NUESTROS PRIMEROS VEHICULOS**

La posesión de un vehículo en los cincuenta era una inversión mayor que equivalía al ahorro de muchos meses de sueldos y muy pocos podían acceder a tener uno. Considerando los precios, lo más común era poder comprar uno de alrededor de 20 años de uso.

Mi primer vehículo fue la motoneta Vespa 57, la que tuve por muy corto tiempo porque decidí venderla por respeto a los padres de mi colega fallecido en un accidente en motoneta que vivían al frente de nuestra casa.

Era un vehículo demasiado inseguro. Tuve algunas caídas afortunadamente sin consecuencias: por aceite en el pavimento, adoquines resbalosos y por los resaltos de las líneas de los antiguos carros.

Muy incómodo para los viajes largos. La vez que fuimos con un amigo a Curicó teníamos que parar cada cierto tiempo para tendernos en el pasto y hacer descansar la adolorida espalda. La Vespa tenía el motor en el lado derecho por lo que se tenía que dirigir inclinado hacia el otro lado y hacer sufrir la columna por tan incómoda postura.

Otra vez que fuimos con un amigo a Viña de noche, se nos convirtió en una verdadera pesadilla. Con la densa neblina que aparece después de Curacaví nuestro vehículo quedaba casi invisible para el resto de los vehículos. La luz del foco delantero apenas alumbraba algunos metros y la luz trasera era mínima por lo que no veíamos casi nada al frente y viajábamos aterrados temiendo la posibilidad que algún otro vehículo nos impactara por alcance. Sólo lográbamos avanzar cuando nos pegábamos a las luces traseras de algún bus o camión que nos sobrepasaba. Juramos que nunca más viajaríamos de noche.

Posteriormente la IBM prohibió el uso de las motonetas después que varios colegas fallecieron por este inseguro medio de transporte.

Por este motivo comencé a pensar en mi primer vehículo con 4 ruedas que lamentablemente quedaba fuera de mi alcance económico.

Pedro Murillo con su labia habitual me convenció que tenía que empezar de a poco y me ofreció la ganga de su Ford 29, el cual lo había volcado y estaba en el camino a Viña. El motor lo había mandado a arreglar en Santiago. Me prometió que estaba todo listo para volver hacerlo andar. Había que ser muy gil para haber aceptado ese tremendo desafío.

El gringo Wolfgang Gutmann que se dedicaba a la mecánica como hobby me ofreció asesorarme para que rearmara el artefacto, quimérico proyecto que nos tuvo ocupados casi dos años hasta lograr hacerlo andar. Me salió el doble de lo presupuestado originalmente. Gran oportunidad de aprendizaje para no repetirlo nunca más. Los vehículos se compran andando.

Cuando conseguimos que funcionara descubrimos su primitiva tecnología: había que hacerlo partir con manivela, la dirección tenía un juego de casi 45 grados, los frenos eran de varillas que costaba mucho regularlas y necesitaban bastante espacio para detenerse, se accedía a la segunda corrida de asientos abriendo el maletero posterior, era descapotable pero no tenía capota y la caja de cambios de repente se desenganchaba. Ya sin fondos disponibles tuvimos que terminar pintándolo con brocha gorda. Me imagino los problemas que habría tenido ahora para pasar la revisión técnica.

Con el esperpento nos atrevíamos a movilizarnos a la oficina y nos permitíamos estacionarnos en plena Plaza Bulnes, al lado de los modernos autos de los Ministerios y de la Moneda.

El sol lo dejaba casi hirviendo a la hora de almuerzo cuando lo abordábamos para ir a casa. Yo tenía que usar guantes para no quemarme con el manubrio. Viajábamos a Macul con Miguel Castillo de copiloto, que guarnecía su pelada con el diario del día y encumbrada atrás, la Elianita Herrera con un quitasol. Nos reíamos durante todo el camino por nuestra facha estrafalaria, pero se cumplía el objetivo.

Cuando lo vendí perdí la mitad de mi inversión. Posteriormente tuve la suerte de encontrarme con el comprador que lo había restaurado completamente y se veía magnífico.

Mi tercer vehículo fue un Standard 47 inglés chiquito que tenía frenos de piola también muy difíciles de ajustar. En la primera lluvia al llegar a un semáforo rojo en

avenida Matta tuve que frenar y derrapé terminando en posición contra el tránsito. Al final se lo vendí a Jaime Oddó, quien por su gran envergadura decía que, en vez de subirse al auto, se lo ponía, compra que financió mediante la venta de su colección de estampillas. Esta venta la ofrecí en un “combo” que incluía el curso de manejo vehicular, el que a duras penas pude completar en el parque Cousiño.

En una oportunidad tuve que llevar unos documentos urgentes al aeropuerto Cerrillos para entregárselos al gerente general Hernán Elizalde que viajaba al exterior y también lo había ido a despedir su esposa. Cuando él se retiró yo gentilmente le ofrecí traerla de regreso a Santiago. Al llegar al diminuto Standard ella mostró sus dudas, pero se subió dificultosamente. Durante todo el camino yo observaba que ella se veía aterrada y sufría cuando se nos acercaba algún camión o bus. Finalmente la dejé en su domicilio sana y salva, pero me sentí arrepentido de mi osadía.

El cuarto fue un Vauxhall 46 ya un vehículo mediano que le compré a un médico el cual me lo entregó con la ficha de todas sus revisiones y arreglos de toda su vida, quien me pidió que le prometiera que iba a seguir manteniendo la bitácora. Tenía el avance tecnológico de techo corredizo que cuando nos tocó usarlo en nuestra luna de miel, al momento de la lluvia tuvimos que protegernos dentro del auto con un paraguas abierto para evitar sus goteras.

Después ascendí a las recordadas Citronetas, en forma interrumpida porque cada cierto tiempo, por razones económicas, teníamos que volver a ser peatones.

La primera Citroneta la compré por un aviso en el diario que decía: “Permuta Citroneta 1959 por televisor de 20 pulgadas”. Como en ese momento estaba sin fondos le pedí al vendedor que nos juntáramos en una multitienda donde le compré el televisor en 24 cuotas sin pie. Este lo subimos a la Citroneta y fuimos a la notaría a hacer la transferencia para posteriormente dejarlo en su casa con el televisor y yo seguir con la citrola.

También existía un mercado interno muy activo en el que yo compré y vendí varios vehículos a colegas de la IBM.

Estas historias debieran ser muy similares a las que vivieron nuestros colegas de aquellas épocas.